

# Desafíos Actuales a los Presbíteros en América Latina

Mons. Ovidio Pérez Morales  
Obispo de Coro, Venezuela

## Introducción

El Vaticano II ha puesto de relieve la condición histórico-salvífica de la Iglesia, "nuevo Israel", "que va avanzando en este mundo hacia la ciudad futura y permanente". Pueblo peregrinante, que "entra en la historia humana" con la misión de difundirse en la vasta universalidad de las naciones. Dios, que lo conforta con su gracia y lo mantiene en su inquebrantable fidelidad, lo lanza como caminante, a través de peligros y tribulaciones, hasta que llegue a la meta, que es "luz sin ocaso" (cfr. LG 9c).

Mientras no llegue la plenitud —"nuevos cielos y nueva tierra"—, "la Iglesia peregrinante, en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de este mundo que pasa" (LG 48c).

Decir libertad humana —la que hace del tiempo historia—, es hablar inevitablemente de desafío. Autocomprenderse como Pueblo peregrinante, "in via", es asumir la propia condición cristiana, eclesial, como continua "agonía", en el sentido más genuino del término; enfrentarse a retos.

El sacramento del Orden, realidad del peregrinar, confiere al presbítero, habitante de la ciudad terrestre y ciudadano ya del Pueblo de Dios, una peculiar responsabilidad dentro de éste. De tal modo, el presbítero se encuentra lanzado por partida triple en la arena de los desafíos.

El presente trabajo encara la no fácil pero atrayente tarea de precisar algunos retos, que este ministro encara hoy en unas tierras prontas a celebrar el quinto centenario de la siembra evangelizadora.

La exposición se desarrolla en dos partes. La primera, bajo el título de "Perspectiva y circunstancia" trata del desafío en cuanto tal y desde un punto de vista histórico y eclesial; determina la perspectiva desde la

cual han de precisarse los desafíos que se plantean al presbítero; y, por último, destaca algunos rasgos que hacen singularmente propicio al tiempo actual.

La segunda parte desarrolla cinco desafíos, que tienen qué ver con la promoción de una nueva sociedad y la evangelización de la cultura; con el diseño y actuación de una pastoral planificada y de conjunto; con la animación y coordinación del diaconado permanente y de los ministerios conferidos a laicos; con la formación de un laicado activo y corresponsable; y, finalmente, con una comunicación perspicaz. Sobra decir que a estos desafíos y a sus respuestas se los concibe en estrecha interrelación; el segundo de ellos da la pauta.

Pudiera haber tomado otros esquemas, por ejemplo el de ciertos desafíos propuestos por Puebla en los números 711-714, que establecen algunas prioridades para el trabajo del presbítero. El que he adoptado creo que refleja mejor el conjunto del Documento de la III Conferencia. Por lo demás, los puntos que éste señala en el lugar referido, se encuentran incluidos, en una u otra forma, en el esquema adoptado.

“Last but not least”; téngase presente un desafío. No se lo enumera con los otros, porque es obvio. Más aún, es el reto siempre urgente y actual. El que San Pablo subraya a Timoteo, cuando le pide no descuidar el carisma que se le ha comunicado “por intervención profética mediante la imposición de las manos” (1 Tim 4,14). El reto del amor vivido en santidad sacerdotal, en caridad pastoral.

## I. Perspectiva y Circunstancia

### 1. Reto y Libertad

Desafío es reto. Interpelación. Antes que interrogante, constituye invitación-exigencia. Pide una respuesta que es: optar, encaminarse, comprometerse.

Se dan desafíos de todo tipo. Menudos, de cierta importancia, de ingente magnitud. En la medida de esa dimensión han de afinarse tanto el conocimiento como la elección; y deben patentizarse la lucidez, la imaginación, la creatividad, el esfuerzo y el sacrificio.

Existir es ser-en-desafío. La vida humana es “militia”, “agonía”. La persona, en cuanto ser-en-el-mundo, creatura corpórea libre, no sólo está situada de modo continuo ante retos, sino que puede decirse: ella es en sí irrenunciable desafío, a un existir auténtico; a un liberarse sin cesar hacia una genuina comunión con su mundo, con los otros y con el Otro. El Génesis es bastante significativo al respecto. El hombre emerge en el mundo como ser desafiado. El pecado original aparece así como la primera

respuesta mal dada. Señal de la ambivalencia de la capacidad de respuesta humana. Y, por lo tanto, de que en las alternativas que plantean ciertos retos está en juego el destino mismo del hombre. La libertad, positiva en sí, más aún definitiva del hombre como persona, es espada de doble filo en su concreta verificación terrena. El desafío engendra peligro, porque ofrece también oportunidad.

La existencia cristiana —y no olvidemos que todo hombre vive en una historia en salvación— se inscribe en un marco de confrontación entre pecado y gracia. Requerida por la palabra de Dios y el Amor que se le comunica en Cristo, marcha continuamente entre dilemas, ante definiciones que dar a su conducta. No sólo se reconoce metafísicamente frágil, sino históricamente herida y pecadora, bajo la permanente amenaza de tentaciones del más diverso género. De allí que la enseñanza del Señor contiene un fuerte llamado a la vigilancia y a la oración. El estar en vigilia equivale a estar en guardia frente a los desafíos que circundan y penetran al cristiano por todo el tiempo del humano peregrinar.

El Pueblo de Dios, interpelado siempre por la palabra divina y la donación del Espíritu, se ve impelido a responder a los retos que de modo constante vienen de fuera o brotan dentro. Las situaciones “de crisis” son momentos en que el desafío se agudiza; y los “signos de los tiempos”, acontecimientos germinales o en pleno apogeo, que retan en amplitud y profundidad a la fidelidad creadora de los cristianos, y de la Iglesia como conjunto.

El presbítero por su peculiar eclesialidad, situado “en el corazón del Pueblo de Dios” por su ubicación en la línea de la capitalidad de Cristo, puede decir con razón que en él, al desafío humano y cristiano en general, se añade un desafío eclesial concentrado. Tiene que ver prácticamente con todo lo que la Iglesia es y a la Iglesia le interesa; ve vinculada su suerte y requerida su opción en todo desafío que al Pueblo de Dios se le plantea. Por ello él siente y resiente un universo de problemas, que no pocas veces hacen temblar sus espaldas. Sus desafíos son “funcionales” en el sentido de que lo abordan desde una perspectiva pastoral, de servicio; cuyas respuestas, por tanto, han de examinarse y actuarse fundamentalmente desde allí.

La existencia cristiana, la Iglesia, el sacerdote ministerial ven “agravado” el inevitable e irrenunciable desafío humano, porque se autocomprenden en historia-en-salvación. Esto no puede menos de llevarlos entonces a mirar el desafío como algo “connatural”. Más aún, a sentirse inquietos cuando no se sienten en absoluto desafiados. El “no eres ni frío ni caliente” pudiera traducirse como ceguera o apatía ante los retos. Debe pedirse sí, con el “Padrenuestro”, que los desafíos no sean demasiado onerosos o peligrosos y que la capacidad de respuesta sea potenciada eficazmente por la gracia de Dios.

Captar adecuadamente los desafíos, asumirlos con seriedad y responderlos con prontitud, fortaleza y fidelidad evangélicas: esto hemos de pedir a Dios y buscar con esfuerzo. Porque podríamos tener oídos y no oír, así como disponer de manos y no actuar. Es fácil discernir el aspecto del cielo, pero no el hacer otro tanto con "las señales de los tiempos" (cfr. Mt 16,3). El Señor puede estar a la puerta, tocando, y nosotros permanecer en actitudes inhibitorias de una respuesta efectiva. Cuando pensemos en retardos del pasado (respecto de la interpelación de Lutero y las revoluciones democrática y social, por ejemplo) pensemos que lo realmente fructuoso de esa reflexión es el estímulo que sentimos para atender con mayor cuidado a reclamos contemporáneos.

Y no olvidemos que los problemas son oportunidades. Para no caer en espiritualidades "parmenídeas", carentes de novedad, de creatividad y del sentido de riesgo. Lo cual no se compagina con la parábola de los talentos.

## 2. Enfoque Eclesial

El Vaticano II al proponer la autodefinición de la Iglesia en la Constitución *Lumen Gentium* formuló una jerarquización de miradas. Así, antes de fijar la atención en la naturaleza y misión del ministerio pastoral, se detiene en la consideración del misterio mismo de la Iglesia y en la meditación acerca del Pueblo de Dios en el marco de la historia-en-salvación. Así como para entender a la Iglesia, establece muy claramente su dependencia de Cristo y su referencia trinitaria. Es una relativización progresiva, que supera de modo inmediato un "jerarquicentrismo" y luego un "eclesiocentrismo", no extraños en ciertas concepciones del quehacer eclesial y de las elaboraciones eclesiológicas del período anterior.

Para comprender, entonces, qué es y ha de hacer el ministerio jerárquico —lo mismo ha de decirse del laicado y de la vida consagrada— tiene que mirarse primero al ser y a la misión de la Iglesia en el ámbito de la historia querida por Dios. La funcionalidad del ministerio queda netamente afirmada al conceptuárselo como institución del peregrinar, al igual que toda la economía sacramental encomendada a la Iglesia.

Por ello, cuando se propone el tema de cuáles son los desafíos que se plantean al presbítero en la actual coyuntura y para el inmediato futuro, es preciso determinar primero cuáles son los retos que enfrenta la Iglesia en su conjunto. Teniendo presente, por lo demás, que cuando se habla del presbítero, se lo debe situar en su relación inmediata al obispo, del cual es colaborador, y de cuyo ministerio participa en virtud del sacramento del Orden, que tiene en el episcopado su plenitud. Por eso puede decirse que los desafíos "antes que" al presbítero, se le plantean al obispo, así como "antes que" a éste, se le plantean a la Iglesia.

Esto lleva a un cambio de perspectiva en la posición del problema.

No es desde puras y simples conveniencias del presbítero en su realización personal o grupal como deben buscarse, enfocarse y analizarse los desafíos, sino desde la comunidad eclesial, en función de la cual el presbítero ha sido ordenado y para la cual existe como ministro. En este sentido, ciertos conflictos y tensiones en el pasado inmediato hubieran podido evitarse o atenuarse, si en vez de atender a los intereses "propios", se hubiese mirado y principalmente a las necesidades y urgencias del Pueblo de Dios.

### 3. Determinación de los Desafíos

La determinación de los desafíos que tocan a la Iglesia es tarea que no puede abordarse aisladamente; esto puede entenderse en doble sentido. En primer lugar, en cuanto el desafío no brota sólo desde el interior de la comunidad eclesial, sino también desde el vasto hábitat histórico; en segundo lugar, en razón de que no es tarea que puede emprender un individuo solitario. El Pueblo de Dios vive y se desarrolla como comunión jerárquica o jerarquizada y, por ende, se manifiesta y actúa como tal también en la tarea de identificar y precisar los desafíos que le conciernen. Esto significa, obviamente, que el profetismo no tenga puntos salientes en determinadas personas o grupos; la leal y orgánica inserción de éstos dentro del cuerpo eclesial será, sin embargo, la mejor garantía de la genuinidad de su carisma, al tiempo que condición de su real utilidad.

En lo que toca al momento en que vivimos y en la perspectiva del futuro inmediato —porque la historia nos advierte acerca de una exagerada ambición de prospectiva— felizmente poseemos fuentes en las cuales podemos encontrar una ponderada determinación de los desafíos que ha de encarar la Iglesia en general y el ministerio pastoral en particular. El mejor método para aprovechar estas fuentes es el regresivo, por cuanto lo cambiante de la historia hace que lo que ayer estaba en primer plano puede haber cedido el lugar a relevos acaso insospechados.

El Código de Derecho Canónico vigente desde Adviento pasado contiene no pocos desafíos a los fieles cristianos en general, y también otros específicos a quienes participan de la capitalidad del Señor al servicio de su Pueblo. Y hablo del Código en primer lugar, porque más allá de toda especulación o discusión al respecto, es el instrumento directivo que guiará la pastoral de la Iglesia por un buen número de años, y dará coherencia a la actividad evangelizadora del inmediato futuro. El Código asume la eclesiología y determinaciones del Vaticano II y aportes subsiguientes, los concreta en normas y procedimientos y a la vez trata de generar actitudes renovadoras.

En lo que toca al magisterio pontificio, son bien conocidos los documentos de Juan Pablo II, en que precisa retos e invita a una respuesta decidida, generosa y entusiasta. Las palabras dirigidas en Puerto Príncipe el 9 de marzo de 1983 a los obispos del CELAM son particularmente

significativas a este respecto. Para no citar el Discurso Inaugural de Puebla, del cual la III Conferencia hizo suyas no sólo la inspiración sino también las orientaciones. En dicha Asamblea el Episcopado de América Latina, ayudado por representantes de los otros sectores del Pueblo de Dios en el Continente, al hacer un balance de la situación, meditar sobre el designio de Dios sobre esta realidad y optar en consecuencia, fue al encuentro de múltiples desafíos y se decidió a responder mediante una renovada "evangelización en el presente y en el futuro de América Latina". Puebla se inscribe en una secuencia magisterial, que tiene como momentos culminantes la *Evangelii Nuntiandi*, Medellín y, como principal fuente generadora, el último Concilio. Me limito, por supuesto, a lo acaecido a partir de los sesenta.

Otros documentos podrían ser citados. Lo referido, con todo, basta y sobra. El orden regresivo nos advierte acerca de la necesidad de estar atentos respecto de la emergencia de nuevos retos como puntos de partida. El carácter histórico de la existencia humana, la índole peregrinante del Pueblo de Dios y el designio divino, que mediante el Espíritu conduce a la Iglesia a la verdad completa, obligan a estar siempre alerta.

#### 4. Tiempo Propicio

Este Congreso coincide con el primer lustro de Puebla. Una buena manera de celebrar ese acontecimiento eclesial y, sobre todo, de reanimar el interés por conocer, profundizar y llevar a la práctica su Documento en nuestra acción evangelizadora. En este tiempo de bombardeo informativo, en que los medios de comunicación social dificultan el detenerse a pensar, por la incesante oferta de mensajes y la carrera hacia lo "novedoso", existe el peligro de estimar como pasado de moda algo que todavía no ha sido suficientemente asimilado, ni, mucho menos, puesto en práctica de manera debida. Quizás hayamos oído de personas que apenas han hojeado el Vaticano II, hablar de la necesidad de un nuevo Concilio. O de la conveniencia de otra Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, cuando aún está fresca la tinta que imprimió la primera edición del Documento de la Tercera.

Estamos apenas a diez y seis años del fin de un siglo y de un milenio. Este hecho suscita admiración y entusiasmo a quienes tienen sensibilidad ante el devenir y la temporalidad. Esa cercanía excita la curiosidad, mueve a la búsqueda, incita al riesgo. Para quienes creemos en la perenne juventud del Evangelio y en la primavera como horizonte puesto a la Iglesia, el tiempo presente impele a una acción esperanzada y a un compromiso robusto. Pronto el año 2000 será una realidad y, con él, un capítulo abierto para nuevas gestas humanas y nuevos acontecimientos de la historia de la salvación.

Este tiempo se hace más propicio todavía por la proximidad de un

aniversario, que Juan Pablo II destacó en la intervención ya citada de Puerto Príncipe: "Cinco siglos casi exactos. De hecho, el año 1992, ya bastante próximo, señalará el V centenario del descubrimiento de América y del principio de la evangelización. Como latinoamericanos, habréis de celebrar esa fecha con una seria reflexión sobre los caminos históricos del subcontinente, pero también con alegría y orgullo. Como cristianos y católicos es justo recordarla con una mirada hacia estos 500 años de trabajo para anunciar el Evangelio y edificar la Iglesia en estas tierras. Mirada de gratitud a Dios, por la vocación cristiana y católica de América Latina, y a cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la evangelización. Mirada de fidelidad a vuestro pasado de fe. Mirada hacia los desafíos del presente y a los esfuerzos que se realizan. Mirada hacia el futuro, para ver cómo consolidar la obra iniciada. La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como Obispos, junto con vuestro Presbiterio y fieles. Compromiso no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión".

El hacer memoria no se queda en la mente y en el corazón del Papa como evocación arqueológica. Es memoria-desafío. El recordar a los pioneros reta a inaugurar nuevos caminos, asumiendo con responsabilidad la herencia de una fe, por la cual podemos reunirnos hoy en Iglesia.

El recuerdo de estas fechas y la gravedad del tiempo nos invitan a identificar algunos desafíos que hoy por hoy para la Iglesia del Continente revisten particular seriedad y piden prioritaria atención. Y si esto toca a la Iglesia, interesa de manera peculiar al cuerpo presbiteral, colaborador, el más próximo, del episcopal en la gestión pastoral.

## II. Los Retos

### 1. Promotores de una Nueva Sociedad

La Parte V del Documento de Puebla fue concebida a modo de "conclusión", que sintetizase los hechos más significativos, las ideas principales, así como las propuestas, opciones y aspiraciones claves de la Conferencia. Esfuerzo dirigido a mostrar la "unidad" del Documento.

Pues bien, en esta parte aparece claro un *gran proyecto pastoral* para el Pueblo de Dios en América Latina: ser una Iglesia evangelizada y evangelizadora (1305), que se compromete en la búsqueda de una nueva sociedad (1305-1308), en una América Latina radicalmente cristiana, enfrentada a una nueva civilización, penetrada de injusticias, amenazada de secularismo (1300).

El Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del CELAM reunido en

Buenos Aires, pocos meses después de Puebla, formuló así el "proyecto pastoral" de la Conferencia.

"Asumir en el evangelio el conjunto de las fuerzas culturales y creyentes del pueblo latinoamericano. Esta asunción sana, eleva y perfecciona la cultura popular y tiene por objeto capacitar al pueblo para que sea sujeto real de su propia historia y pueda desarrollarse y expresarse en estructuras adecuadas a su propia identidad y vocación. Lo anterior implica crear las condiciones correspondientes, apartando los obstáculos que constriñen su realización. Se trata del gran proyecto histórico de construir con todos los hombres de buena voluntad una nueva civilización del amor en el contexto de una humanidad que se estructura con categorías urbano-industriales, en la lucha incesante de crear nuevas formas sociales de participación y comunión" (*Reflexiones sobre Puebla*, CELAM, Bogotá 1979).

Un proyecto que no implica mundanización, disolución de la Iglesia en lo temporal, sino una encarnación efectiva, dinámicamente abierta al polo escatológico irrenunciable. El proyecto implica una "nueva evangelización" de la religiosidad popular y un situarse lúcidamente en las nuevas coordenadas culturales. Puebla precisa la cuestión:

"La Iglesia se encuentra así ante el desafío de renovar su evangelización, de modo que pueda ayudar a los fieles a vivir su vida cristiana en el cuadro de los nuevos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad; para la oración y la contemplación; para las relaciones entre los hombres, que se tornan anónimas y arraigadas en lo meramente funcional; para una nueva vivencia del trabajo, de la producción, del consumo" (433). Revitalización de los valores evangélicos que, frente a las situaciones de injusticia y de pobreza, lleve a una transformación de las estructuras, de modo que se las impregne "de convivencia y espíritu evangélico" (438). Y también: reavivar una fe que, "como base de comunión, se proyecte hacia formas de integración justa en los cuadros respectivos de una nacionalidad, de una patria grande latinoamericana y de una integración universal que permita a nuestros pueblos el desarrollo de su propia cultura, capaz de asimilar de modo propio los hallazgos científicos y técnicos" (428).

Aquí el tema de la promoción de una nueva sociedad se identifica con el de la evangelización de la cultura, manteniendo este último término en el sentido totalizante que aparece en Puebla y en recientes documentos del Magisterio. Es oportuno recoger aquí la grave admonición de Juan Pablo II: "Una fe que no se convierte en cultura, es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida" (Al I Congreso nacional italiano del Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural, 16.1.1982).

Ahora bien promover una nueva sociedad y evangelizar la cultura en América Latina implican un hacer memoria del proceso histórico que selló el Continente con una identidad católica fundamental, así como una

“nueva evangelización” que responda a las situaciones injustas y opresivas, a los desafíos de la novedad urbano-industrial (y post-industrial), al pluralismo y a la secularización, a las ideologías dominantes y, sobre todo, a las exigencias de un evangelio que exige autenticidad y pide cristalizarse siempre en “civilización del amor”.

La proximidad del V Centenario del inicio de la evangelización en estas tierras anima, pues, a un “recuerdo” que impulse un ulterior compromiso. Manteniendo la propia identidad y con un sano orgullo de la propia fe. Esto estimulará una creatividad católica, amenazada hoy por complejos y frustraciones, que llevan a algunos —clérigos y laicos— a montarse con retardo en “trenes de la historia” que ya están de vuelta. Aquí en América Latina, “Continente de la esperanza” hemos de esforzarnos por lograr nuevas síntesis, dibujar horizontes inéditos. No copiar esquemas que en otros lugares están en franca crisis, o seguir simplemente la corriente de modas de ultramar. Pienso en ciertas ilusiones de hoy frente al marxismo —burdo o maquillado—, así como en las de ayer respecto de teologías secularizantes provenientes de los países de la abundancia.

Buscar una nueva sociedad quiere decir eso, “otra”, no ya capitalista liberal, del consumismo, calcada en los modelos racionalistas y pragmáticos de los cuales hemos dependido. Ni tampoco de corte marxista, cuyos modelos —dados a luz o en gestación— presentes también en la actualidad del Continente, reflejan un incurable materialismo y expresan una monstruosa voluntad de dominio totalitario.

Como cristianos de este nuevo mundo debemos sentirnos doblemente retados. Y actuar. Para ello hemos de confiar en la Enseñanza Social de la Iglesia, tal como se nos propone en el Magisterio actual, y que debe ser objeto de profundización, enriquecimiento y renovación constantes. Enseñanza que no está muerta, como lo pregonan algunos que dejan las fuentes de agua viva para acudir a cisternas contaminadas.

El Documento de Consulta para la III Conferencia proponía ya como objetivos o metas de una nueva sociedad los siguientes (825-844):

- comunidad de los bienes
- democracia
- calidad de vida.

No en esta forma esquemática y clara, pero sí en sus contenidos, Puebla los asume. Habla, en efecto, de una justa participación de bienes, en la perspectiva de su universal destinación, en correspondencia al valor justicia; pone de relieve la democracia, como forma de convivencia social exigida por la libertad, valor máximamente expresivo de la dignidad humana; y subraya la necesidad de la calidad de vida, que no sólo es respeto ecológico, sino, sobre todo, cultivo de valores no medibles ni pensables, pero que permiten la realización del hombre en su más alto

nivel personal y comunitario: servicio, amistad, contemplación y otras formas de la gratuidad, cuya cristalización más densa y definitiva se tiene en la respuesta libre —creyente y amorosa— al don liberador y unificante de Dios.

La opción privilegiada por los pobres, al igual que la promoción y defensa de los derechos humanos, se insertan orgánicamente en esta concepción y búsqueda de una nueva sociedad; así como también el cultivo de una genuina espiritualidad y la adopción de los recursos que el progreso científico-técnico pone al alcance del hombre.

Esta evangelización de la sociedad en su conjunto (cultura) requiere una presencia inteligente y operante en los centros en donde se generan las nuevas vigencias culturales: movimiento de los trabajadores, medios de comunicación social, mundos de la universalidad y de las artes, círculos de la ciencia y de la tecnología. Para ser luz y fermento y protagonizar transformaciones e invenciones que permitan al hombre latinoamericano marchar eficazmente en la línea de su crecimiento en humanidad.

Ahora bien. Cuando se habla de nueva sociedad, se la entiende en sus diversos niveles o círculos: desde los más inmediatos como la familia y los grupos en que es posible un interrelacionamiento primario, hasta la macrosociedad a escala internacional. Edificar nueva sociedad significa producir algo, que puede revestir un gran atuendo cuando se trata de empresas de enormes dimensiones, pero también llevar el discreto traje característico de las acciones sencillas. La comunidad humana es un micro y un macro que se enlazan en un abanico de dimensiones. Lo mismo sucede con la evangelización de la cultura.

Todo esto toca a la Iglesia como globalidad. Por tanto también al presbítero. Para éste constituye un desafío fundamental. Su actuación —no será la misma del seglar— tendrá que darse: formando al laicado para el compromiso que a éste le toca asumir, y animándolo con una bien articulada espiritualidad; fomentando desde su presidencia litúrgica una viva vinculación fe-vida en toda la comunidad eclesial, y organizándola para una presencia dinámica en el mundo. Todo ello en comunión jerárquica, no como un francotirador o un Robinson Crusoe. Con magnanimidad, constancia y también paciencia.

Es cierto que a la Iglesia “oficialmente” no le toca la elaboración de “modelos” económicos, políticos, culturales; y por lo tanto tampoco al pastor en cuanto tal; pero ellos no pueden abstenerse de algo irrenunciable y vinculante: animar, sobre todo al laicado católico, a la elaboración de nuevos modelos, que estén en correspondencia —siempre perfectible— con las posibilidades del entorno y las exigencias del Evangelio.

Tenemos entonces aquí un desafío, cuya respuesta reviste carácter prioritario para la Iglesia y, por ende, para el presbítero. Proyecto pastoral

fundamental. Que tendrá, como toda iniciativa realmente evangelizadora (pastoral) una prioridad profética —la Palabra como raíz, base e inspiración— y una polaridad eucarística. Viviendo la eucaristía como capacitación, iluminación, perfeccionamiento, exigencia e interpelación del compromiso cultural. Con una esperanza que no se agota en las realizaciones del peregrinar, pues apunta a la plenitud de comunión en la *Ecclesia Universalis* (LG 2).

## 2 Pastores en Conjunto

La Parte V de Puebla, al hablar de un gran proyecto pastoral, pone bien en claro también una logística y una metodología pastorales básicas: la planificación en participación. Dicho en otros términos: la pastoral que debe desarrollarse ha de ser orgánica, de conjunto, planificada.

Después de mucho reflexionar y optar, la III Conferencia prácticamente concluye el Documento con estas palabras:

“El camino práctico para realizar concretamente estas opciones pastorales fundamentales de evangelización es el de una pastoral planificada. La acción pastoral planificada es la respuesta específica, consciente e intencional, a las necesidades de la evangelización. Deberá realizarse en un proceso de participación en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas, educándolas en la metodología de análisis de la realidad, para la reflexión sobre dicha realidad a partir del Evangelio, la opción por los objetivos y los medios más aptos y su uso más racional para la acción evangelizadora” (1306 s). Ya al hablar de la acción con los constructores de la sociedad pluralista decía el Documento: “Asumimos la necesidad de una pastoral orgánica en la Iglesia como unidad dinamizadora para su eficacia permanente, que comprenda entre otras cosas: principios orientadores, objetivos, opciones, estrategias, iniciativas prácticas, etc.” (1222).

En múltiples lugares vuelve Puebla sobre este tema de una pastoral integrada y planificada. De una participación en ésta no se excluye a ningún agente, ni escapa ningún centro o medio de evangelización. Basta consultar el índice del Documento para cerciorarse de esta afirmación.

Ahora bien, la exigencia de una tal pastoral tiene dos vertientes. La primera, de orden teológico: la naturaleza y misión mismas de la Iglesia en cuanto Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, comunidad corresponsable de la misión evangelizadora, sacramento de “amorización” salvífica que actúa en el mundo el plan liberador-unificador de Dios. El “que todos sean uno” y el mandamiento nuevo del Señor se inscriben en cerrada lógica en este marco de referencia. Ahora bien, “agere sequitur esse”. Cuando San Pablo habla de la diversidad-unidad en el mismo cuerpo de Cristo, no hace sino fundar teológica y espiritualmente una pastoral

articulada. Las expresiones mismas "plan", "economía" de salvación, evocan una acción, que de todo tiene menos de anarquía y espontaneísmo. La acción del Espíritu en el hombre nada tiene que ver con el solipsismo, o la improvisación y disgregación voluntaristas. Ya en el Antiguo Testamento vemos a Moisés optando —bajo el sabio consejo del suegro— para delegar, coordinar y supervisar. El Señor recomienda calcular bien cuando se marcha al encuentro bélico, o se construye algo. Y las comunidades que van surgiendo, tal como nos las presentan los Hechos y las Cartas, emergen en forma orgánica, en mutua articulación y en base a proyectos muy concretos. Se exige orden y disciplina en una "Ekklesia" que se interpreta como edificación del Espíritu.

Hoy más que nunca, en medio de grandes desafíos, se necesita una acción lúcida y bien trabada. No a manera de "lecho de Procasto" o camisa de fuerza, ciertamente, pero tampoco a modo de bazar en donde todo pueda ofrecerse y esperarse. En este sentido es preciso neutralizar los espontaneísmos, que confunden la condición carismática eclesial con un iluminismo anarquizante que, a la postre, termina como los fuegos de artificio; las dictaduras intelectuales y pastorales, que algunos pretenden erigir desde parcialidades o sectores; las esclerosis, los monolitismos. En fin, todo aquello que impide el desarrollo de una evangelización orgánica.

No en balde estableció el Señor para su Iglesia un servicio-potestad de cohesión, de comunión operativa en los diversos niveles de realización del pueblo profético, sacerdotal y regio: el ministerio jerárquico.

La pastoral de conjunto así concebida es, por tanto, antes que una "técnica", una espiritualidad de comunión.

La otra vertiente de exigencia es la racionalidad humana. Dios nos donó la inteligencia para pensar, proyectar, planificar. Y debemos utilizarla en eso. Muchas veces se nos acusa, y con razón, de pretender enfrentar una civilización altamente tecnificada y planificada, con instrumentos y métodos obsoletos. La confianza en la providencia es genuina si se utilizan de modo adecuado los bienes que aquella pone a nuestra disposición. ¿De qué valdría orar por las vocaciones, por ejemplo, si pudiéndose, no se pone por obra una pastoral vocacional dinámica, acompañada de un buen uso, entre otras cosas, de los medios de comunicación social? Sería como pedir a Dios el alimento y esperar que los sembrados se autosembrasen y autocosechasen. Dios puede hacer de las piedras hijos de Abraham, pero... Sin organicidad y planificación pastorales, los esfuerzos se neutralizan, se entorpecen u ofrecen resultados mediocres.

Es necesario preparar desde los seminarios para esta pastoral renovada, que incluye el estudio de técnicas y métodos ad-hoc, el conocimiento —al menos por parte de algunos— de instrumentos que hoy por hoy son de uso corriente en las más diversas actividades humanas. La introducción de la computadora no significa el ocaso de los carismas. Antes bien, se

necesitan "carismáticos" para el manejo de la informática. Y para que los nuevos recursos tecnológicos se apliquen también al quehacer evangelizador.

De todo lo anteriormente expuesto resulta claro el desafío: pastores que trabajen "en conjunto", en participación y de modo planificado. Utilizando los recursos de la racionalidad humana y animados por una espiritualidad comunal. A propósito de esto último es bueno recordar que el "nihil sine episcopo" (Ad Trall. 2,2) no ha surgido en medios contemporáneos, sino de labios de uno que fue triturado por las fieras en la Roma imperial. La leal colaboración con el obispo (y la Conferencia Episcopal), la franca unidad en torno al Papa son básicas, si pretendemos una evangelización robusta y eficaz. La admonición de Juan Pablo II en Managua acerca de la unidad eclesial hay que tomarla con toda seriedad. No es creando alternativas eclesiales, paralelismos pastorales, apriorismos de desconfianza hacia los niveles superiores de decisión episcopal, o condicionando la aceptación de éstos, como se puede actuar la "nueva evangelización" que nos pide el momento histórico. Es preciso estar atentos a los cantos de sirena. Los imperios de este mundo no están propiamente interesados en que la columna vertebral del catolicismo latinoamericano se mantenga sólida y resistente.

### 3. Animadores y Coordinadores de otros Ministerios

Después de referirse al particular compromiso eclesial que exige la cercanía del V Centenario (cfr. supra), Juan Pablo II establece como presupuesto fundamental (léase desafío) para la nueva evangelización, el siguiente:

"Al terminar su medio milenio de existencia y a las puertas del tercer milenio cristiano, la Iglesia en América Latina necesitará tener una vitalidad, que será imposible si no cuenta con sacerdotes numerosos bien preparados. Suscitar nuevas vocaciones y prepararlas convenientemente, en los aspectos espiritual, doctrinal y pastoral es, en un Obispo, un gesto profético. Es como adelantar el futuro de la Iglesia. Os encomiendo, pues, esa tarea que costará desvelos, penas, pero traerá también alegría y esperanza".

El tema de las vocaciones sacerdotales —junto con las religiosas—, unido a los de familia y juventud, constituyeron la trilogía de prioridades en el Discurso Inaugural de Puebla. La importancia del tema es por demás obvia, y nunca se la destacará suficientemente. Por voluntad divina el ministerio jerárquico es indispensable para la Iglesia del peregrinar y de su vitalidad dependerá la de todo el Pueblo de Dios.

Hoy quisiera, con todo, formular como serio desafío a la Iglesia, y de modo especial a los obispos y presbíteros, la promoción del diaconado permanente y de los ministerios "no ordenados". No sólo por razones

cuantitativas (escasez de presbíteros), sino también cualitativas (mayor efectividad y encarnación de la presencia pastoral). Sobra decir que este desafío es preciso considerarlo en íntima conexión y en complementariedad con el reto explicitado por el Papa y que acabamos de recordar.

Con respecto al diaconado permanente bastante se ha escrito, dicho y experimentado. En lo que concierne a los ministerios conferidos a laicos. Puebla se expresó con claridad (cfr. 804 s) y el nuevo Código de Derecho Canónico establece una normativa, que abre puertas a una rica participación (cfr. cc. 230s. 517. 759. 766. 910 par. 2.943. 1112. 1168. 1248 par 2).

“Animadores y coordinadores de otros ministerios”. Este desafío conlleva el de promover comunidades al interior de la parroquial, llamadas a organizarse y desarrollarse a ese nivel como Iglesia y, por consiguiente teniendo en cuenta los diversos objetivos de la evangelización; implica igualmente la necesidad de múltiples delegaciones para servicios pastorales parroquiales, prestados hasta ahora por los presbíteros, y que pueden ser desempeñados ahora por seglares.

Algunos de los ministerios conferidos a laicos tienen nombres consagrados ya universalmente (lectores y acólitos, que gozan de un estatuto definido; ministros extraordinarios de la sagrada comunión); otros reciben denominaciones diversas en los distintos lugares, con atribuciones de variado género. Lo de nombres y formalidades es de carácter secundario. Lo que importa es el contenido de las misiones encomendadas y los apoyos ministeriales, que el Código pone actualmente a disposición del obispo y de los presbíteros en una determinada Iglesia particular para el incremento de la acción pastoral.

Quienes en una u otra forma desde hace tiempo incursionamos en la promoción del diaconado permanente y de los nuevos ministerios, podemos con justeza conceptuar como uno de los desafíos más importantes planteados a la Iglesia en América Latina —y de modo peculiar a sus ministros ordenados— la pronta y adecuada multiplicación de dichos servicios. Sin olvidar, por supuesto, que no se ha de poner un remiendo nuevo en un paño viejo. Es preciso renovar la pastoral anfitriona, para que los ministerios huéspedes encuentren una recepción apta y generen un real progreso.

A propósito del tema que nos ocupa, no está además el tocar dos puntos que merecen una palabra. El primero se refiere al ministerio femenino. La Iglesia a su más alto nivel de decisión ha reasumido definiciones sobre no ordenación, en base a las cuales hemos de proceder en una planificación pastoral del futuro que se nos viene encima. El nuevo Código, sin embargo, ha abierto enormes posibilidades para una participación de la mujer —seglar o religiosa— en ministerios no ordenados. No hablo, por supuesto, del lectorado y del acolitado (c. 230 par 1), reformulados ya por el *Ministeria Quaedam*. Me refiero a la variedad de

nuevos ministerios que induce el Código y que, en la práctica, encierran más posibilidades para la mujer que las comprendidas en aquellos dos ministerios.

El segundo punto toca la relación sacerdocio-celibato. La toma de posición bien definida de la suprema autoridad eclesial acerca de la no ordenación presbiteral de casados, lleva a la Iglesia a buscar una participación de aquellos sólo en el diaconado permanente y los ministerios no ordenados. Para un futuro planificable tenemos aquí también una definición muy concreta. Ahora bien, desde una perspectiva pastoral, antes que fijarnos en lo restrictivo, lo útil y necesario es mirar hacia los amplios horizontes que están abiertos en lo que respecta a participación de los varones casados en el ministerio de la Iglesia, según el Código.

Aquí y allá en nuestro Continente florecen comunidades con diáconos permanentes y laicos, que en nombre de sus obispos y párrocos las sirven y ayudan a crecer. Múltiples servicios encomendados a seglares multiplican la eficacia evangelizadora.

El presbítero del futuro habrá de tener como una de sus características más notables el ser coordinador de múltiples ministerios en el seno de la comunidad eclesial, en dinámica apertura evangelizadora hacia el ancho mundo.

Lo anterior exige de los seminarios una formación correspondiente. El desafío pide actitudes y comportamientos diferentes a los de un presbítero formado para la Iglesia del preconilio, que monopolizaba funciones que hoy se delegan, y que de facto ejercía su misión en la bipolaridad obispo-presbítero. Porque el diaconado y las órdenes inferiores eran sólo "condiciones-para".

En contra de lo que muchos esperaban o temían, la restauración del diaconado permanente y del provechamiento de ministerios no ordenados, ha ayudado al presbítero en lo tocante a su fisonomía e identidad. Cuando aquél visita comunidades infraparroquiales, en las cuales los diáconos permanentes y ministros laicos cumplen múltiples funciones pastorales, siente que el propio ministerio no sobra, sino que reviste una importancia eclesial de capital importancia. Sólo el presbítero puede, en efecto, perfeccionar y culminar esas comunidades con la Eucaristía, en la cual actúa con suma densidad "in persona Christi capitis"; dar la absolución sacramental en el nombre de la Trinidad, para el definitivo perdón de los pecados; coordinar, animar, formar a los demás ministros. El presbítero se identifica mejor como colaborador del obispo, miembro de un cuerpo presbiteral, que con éste constituye la capitalidad específica e indispensable de la comunidad de los creyentes y bautizados.

Entonces el presbítero descubre con mayor hondura, que lo principal no es el problema de su "soledad" celibataria o la consecución de un empleo secular que lo "legitime" financieramente delante de su prójimo,

sino el servicio a gente que lo espera, como al Señor, para romper el pan de la Palabra y de la santa mesa, para proclamar un verbo eficaz de reconciliación y para enlazar las comunidades dispersas en la comunión de comuniones que es la Iglesia particular. Entonces no concebirá su sacerdocio como un interrogante en busca de clarificación, sino como presencialidad cierta del Señor en medio de su Iglesia.

La promoción del diaconado permanente y de los nuevos ministerios conferidos a laicos es un reto, que favorecerá una imagen más nítida del presbítero y constituirá, por consiguiente, un factor de positivo influjo para la pastoral de las vocaciones sacerdotales en la Iglesia. Porque ante lo indeterminado nadie se define, y menos los jóvenes. Al contrario, contando con una imagen clara y atrayente del presbítero, podremos lograr que muchas voluntades digan un sí libre de entrega al Señor en el sacerdocio ministerial. Sí que será hermosa respuesta al invalorable carisma de la vocación sacerdotal. Para generar un diálogo de suma fecundidad para el Pueblo de Dios.

#### 4. Formadores de un Laicado Activo y Corresponsable

El segundo presupuesto fundamental, que el Papa formuló en Haití para la "nueva evangelización", mira a los laicos: "No solamente la carencia de sacerdotes, sino también y sobre todo la autocomprensión de la Iglesia en América Latina, a la luz del Vaticano II y de Puebla, hablan con fuerza de los laicos en la Iglesia y en la sociedad. El aproximarse del 500 aniversario de vuestra evangelización debe encontrar a los Obispos, juntamente con sus Iglesias, empeñados en formar un número creciente de laicos, prontos a colaborar eficazmente en la obra evangelizadora".

El nuevo Código —vademecum pastoral para este inmediato futuro— recoge en diversos lugares la enseñanza conciliar sobre el laicado. A los seglares en cuanto miembros del Pueblo de Dios, les corresponden ya múltiples derechos y obligaciones que surgen de una tal ciudadanía (cfr. c. 224); pero tienen también obligaciones y derechos específicos (cfr. cc. 225 ss); éstos, en el Código, constituyen un conjunto digno de permanente meditación.

No voy a referirme a la colaboración ministerial de los laicos (cfr. supra). En ella el laico no actúa pura y simplemente en la línea de su bautismo y confirmación; actúa como delegado de quienes han recibido el sacramento del Orden y en última instancia del Obispo. Es una participación peculiar del ministerio jerárquico, que sin hacer de una persona clérigo, sí la introduce en un ámbito operativo de competencia netamente pastoral dentro de la Iglesia.

En cuanto a la presencia activa (apostólica) del laico, se puede distinguir —con distinción no suficientemente adecuada, por cierto— en

aspectos *ad intra* y *ad extra*. Por los primeros se entiende la participación en la vida "interna" de la comunidad eclesial: promoción de la asistencia al culto, aportes organizativos, colaboración catequística, etc.; es decir, todo aquello que pudiera ser definido como de intimidad eclesial y de mayor explicitación religiosa. Por *ad extra* se entiende lo que se refiere a un testimonio y una intervención en el ámbito "mundano": vida económica, política, cultural —entendida ésta en sentido más restringido—. El cánón 225 es significativo al respecto:

"Puesto que, en virtud del bautismo y de la confirmación, los laicos, como todos los demás fieles, están destinados por Dios al apostolado, tienen la obligación general, y gozan del derecho, tanto personal como asociadamente, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres en todo el mundo; obligación que les apremia todavía más en aquellas circunstancias en las que sólo a través de ellos pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo. Tienen también el deber peculiar, cada uno según su propia condición, de impregnar y perfeccionar el orden temporal con el espíritu evangélico, y dar así testimonio de Cristo, especialmente en la realización de esas mismas cosas temporales y en el ejercicio de las tareas seculares".

Hablé más arriba de nueva sociedad y de evangelización de la cultura como gran proyecto. Pues bien, éste es un terreno en el cual el laico puede sentirse como en su propio campo. Forma una familia, negocia, gobierna, hace cultura. Es quien está en todos los ambientes, inmerso hasta la coronilla en la secularidad. "Hombre de su mundo" lo es, en el sentido más pleno de la palabra.

En la Iglesia los laicos constituyen la casi totalidad numérica. Los sectores "ministerio jerárquico" y "vida consagrada" son cuantitativamente tan reducidos, que en un gráfico aparecen como irrelevantes. Por ello pudiera decirse, en cierto sentido, que la Iglesia es el laicado. ¿Hemos tomado suficiente conciencia de ello, nosotros que arrastramos una herencia bastante cleripolar?

Se ha hablado algunas veces de "mayorías silenciosas". Prescindiendo de las connotaciones que dicha expresión haya podido tener, lo cierto es que en no pocas ocasiones debería aplicarse al laicado. Pero cuando se establezcan las causas de ese silencio, hemos de ser sinceros, para no exigir frutos donde no se ha sembrado, por lo menos en modo debido.

No podemos pensar en la edificación de una nueva sociedad, como quehacer eclesial, sin forjar un protagonismo lúcido y efectivo del laicado. El desafío pide: formar y animar a los laicos para que con su competencia profesional diseñen nuevos "modelos"; sean gestores de mente y corazón evangélicos en las organizaciones de trabajadores, en la creación artística, en la producción intelectual, en la orientación pedagógica, en la comunicación social. Gente capaz de crear frente a ideologías que cierran caminos;

y apta para trabajar en la renovación de las personas y de las estructuras en un Continente marcado con un sello católico y cuya situación incoherente interpela doblemente a los cristianos.

Formar laicos para un dinamismo de signo evangélico en la secularidad implica educar hacia la madurez personal. Hacia libertades críticas y responsables, con capacidad de riesgo en un mundo cambiante; que puedan actuar por cuenta propia y al mismo tiempo con sentido de comunión eclesial. Que sepan distinguir entre lo necesario y lo discutible; que sean humildes cuando deban recibir y generosos cuando hayan de aportar. Esta última observación se aplica de modo particular respecto de la Enseñanza Social de la Iglesia, materia en la cual los laicos tienen mucho que dar (cfr. Puebla 795).

No es fácil esta tarea; con todo, es imprescindible. Un verdadero desafío para el presbítero, estacionado tantas veces en mantener al seglar en una minoridad cristiana o amarrado a las puras preocupaciones ad-intra de la comunidad. De lo cual resulta un laicado sumiso, sin garra secular; o "esquizofrénico": ciudadano compartido por dos mundos (religioso y secular). Población que no genera nada novedoso —desde el punto de vista evangelizador— en el orden de la sociedad, de la cultura.

La Iglesia es sacramento de salvación (liberación-comunión) del mundo. Formar al laicado en esta perspectiva significa abrirle horizontes a su pensamiento y acción. Para el sacerdote constituye una bella aunque sacrificada empresa. Lo cual supone un gran respeto hacia los seglares y, sobre todo, un gran aprecio. Pero permitirá al presbítero congratularse cuando las enormes potencialidades del laicado muestren su capacidad de transformación.

El futuro de la Iglesia se juega en gran medida en la respuesta a este reto, es decir, en la formación de un laicado adulto para actuar en la secularidad de un mundo acelerado y desafiante.

### 5. Comunicadores Perspicaces

El Evangelio es eso: buena noticia. Por ello la evangelización "es comunicación" (Puebla 1063).

El libro publicado recientemente por el DECOS-CELAM, *Hacia una Teología de la Comunicación en América Latina* muestra cómo el hablar de comunicación lleva insensiblemente a plantearse toda la problemática de la comunión, término éste que aparece como categoría englobante (Trinidad, plan de salvación, Iglesia, desarrollo personal e histórico, etc.).

He querido poner este desafío en sección aparte —pudiera incluirse en el No. 1— por especiales razones intrínsecas y por una preferencia personal.

Si en algún campo se expresa de manera más patente el progreso científico-tecnológico de las últimas décadas es en el de los medios de comunicación social. Hace tres años murió Marshall McLuhan. A él le debemos un término que se ha popularizado y que manifiesta bien a las claras la "planetarización" del mundo por el avance de dichos medios: "aldea global". El puso de relieve también a través de otra expresión, que alcanzó renombre —"el medio es el mensaje"— la peculiaridad de lo que la humanidad experimenta en esta era comunicacional.

El Cardenal E. Suhard, Arzobispo de París, en carta pastoral —*Auge o decadencia de la Iglesia*— escrita el 11 de febrero de 1947 escribió: "La contienda pasada adquiere así su verdadero sentido: no es ella un entreacto, sino un epílogo. Señala el fin de un mundo". Habla de una planetarización y de la necesidad de un humanismo planetario. Entre los signos nuevos señala: "Radio y televisión son el cerebro y el influjo nervioso que hacen vivir por primera vez al planeta al mismo ritmo, en el mismo presente" (*Dios, Iglesia y Sacerdocio*, Ed. Rialp, 2a. Madrid 1956, p. 23). Una lúcida visión en el inmediato postguerra. Vendría después Toffler a situar alrededor de 1955 el inicio de la "tercera ola" (en contraposición a la primera, agrícola que comenzó hacia el 8000 a.C. y a la industrial, iniciada hacia los 1650-1750), marcada, entre otras cosas, por la generalizada introducción del computador y los vuelos comerciales de reactores. Una nueva era con múltiples denominaciones: espacial, de la información, electrónica, tecnocrónica; aldea global; sociedad post-industrial o superindustrial; revolución científico-técnica (*La tercera ola*, Plaza & Janes Editores, 7a., Barcelona 1981).

Hoy nos es normal lo que por aquel 1947 ni se soñaba: las transmisiones mediante satélites, la televisión por cable, cassetes de audio en el bolsillo y videocassetes como pasatiempo ordinario. Se multiplican los sistemas que permiten la escogencia en planta de programas televisivos desde el propio aparato receptor, con la posibilidad de comunicación en doble dirección. Ejemplos de lo cotidiano o sensacional en este tiempo.

Estos fenómenos plantean un desafío que es múltiple. La utilización adecuada de los nuevos medios en la acción evangelizadora; la formación de los cristianos en un sentido crítico con óptica evangélica ante la avalancha comunicacional; la comprensión de la comunicación social, no sólo como un problema de sólo "Medios", sino como categoría que envuelve hondas realidades humanas en los más diversos órdenes. Es así como Puebla, por ejemplo, nos habla de la comunicación como "acto social vital", que "nace con el hombre mismo" (1604) y como "una dimensión amplia y profunda de las relaciones humanas" (1065). Es decir, una reflexión sobre la comunicación social no se queda en lo meramente instrumental, sino que asciende a niveles que tocan la autocomprensión misma del hombre.

En esta era de la comunicación, el presbítero de una Iglesia que es sacramento de comunión, no puede menos que sentirse retado a ser un comunicador perspicaz. A formarse y formar en un agudo sentido de la comunicación. Por ser ministro de la Palabra y formador de un pueblo profético, ha de tener una particular sensibilidad comunicacional, que va desde un sano cultivo de la propia imagen, hasta la eficaz utilización de los más modernos medios que el avance tecnológico pone a su alcance.

Creo conveniente traer a colación aquí algunos de los proyectos del Departamento de Comunicación Social (DECOS) del CELAM para el período 1983-1986. Si los señalo, es porque ellos ayudan a determinar el desafío que la Iglesia ha de enfrentar en estos próximos años: departamentos nacionales de comunicación social (ayudar a su creación o desarrollo); pastoral de conjunto y organismos continentales de comunicación social (interrelaciones con miras a una pastoral orgánica a nivel supranacional); formación de agentes en comunicación, integración de la comunicación en la pastoral orgánica; seminarios sobre comunicación para obispos, sacerdotes y religiosos; colaboración con los seminarios y casas de formación religiosa (elaborar plan con variado apoyo a fin de que los alumnos puedan prepararse debidamente en pastoral de la comunicación); "guía" para la educación de una conciencia crítica en los usuarios de los mass media.

Es oportuno recoger aquí también una buena noticia, cual es la puesta en marcha del "Servicio Radiotelevisivo de la Iglesia en América Latina" (SERTAL), que ayudará a la respuesta, que a todos nos toca dar en este campo.

El desafío comunicacional deberá ser respondido en los institutos de formación sacerdotal con una formación adecuada, que permita a los futuros ordenados no sólo un manejo adecuado en la materia, sino, sobre todo, la formación del laicado para que sea luz y fermento evangélicos en el ámbito de la comunicación social. Este en cuanto centro generador de vigencias culturales, es uno de los factores decisivos para la edificación de una nueva sociedad. Lo cual dependerá de cuán recta y acertadamente se proceda.

El tema de la XVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales del presente año es: "Comunicaciones sociales para el encuentro entre fe y cultura". En el esquema enviado por la Comisión Pontificia se lee lo siguiente: "La mediación cultural de las comunicaciones sociales ha sido acogida como una posibilidad real por la Iglesia, que la reconoce como 'elemento privilegiado de la cultura moderna' (CP 49)". Después de señalar logros y fallas de los medios, prosigue el esquema: "los mass media se encuentran en el centro del drama de nuestra época, que es 'la rotura entre Evangelio y cultura' (Pablo VI, EN 20). Todos los miembros de la Iglesia, los laicos en primer lugar, quedan vivamente invitados a darse cuenta del hecho de que son responsables y encargados de trastocar este

estado de cosas, en virtud del carisma que les es propio (Juan Pablo II, Audiencia del 11.XI.83)". Podría añadirse: por tanto, deber insoslayable del presbítero es animar y formar al laico para un exacto cumplimiento de esta misión. El Código es claro al respecto (cfr. c. 822, par. 2).

Una última observación: todo lo dicho lo entendemos en el marco de una pastoral orgánica, planificada. En este sentido no hay contradicción sino complementariedad entre la promoción de comunidades eclesiales menores con sus respectivos ministerios (CEB o Iglesias-base, diaconías, etc.) y la acción en los mass media. Ni un "basismo" que ignora fundamentales coordinadas sociales e históricas; ni una polarización en macro-medios, que de por sí no crean una comunidad concreta. La actividad evangelizadora exige lo uno y lo otro. Y más todavía. Una comparación bélica: la aviación nunca ocupa un territorio; pero sí puede impedir su ocupación. "Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: '¡No te necesito!' Ni la cabeza a los pies: '¡No os necesito!' " (1 Cor 12,19-21).

#### A Manera de Conclusión

El definir el futuro en términos de desafío, no es artificio intelectual. Sobre todo en tiempos de aceleración como los nuestros. Es percibir lo que ha de venir, desde la única perspectiva válida. Porque el futuro no es "algo dado". Ha de ser construido, a manera de respuesta que se da a un interrogante, de opción que se toma ante una alternativa.

Cuando se trata del destino supremo del hombre, los desafíos adquieren un relieve máximo y exigen una decisión ponderada y efectiva.

La Iglesia actúa una misión que tiene qué ver con la vocación última de la humanidad, con su suerte definitiva. Peregrina en la historia, asume ésta como quehacer muy propio y espacio donde probar su fidelidad. No se siente sola para dar su respuesta. Conserva firmes la fe en la promesa del Señor que la fundó, y la esperanza en el Espíritu que la anima.

El Presbítero participa de los desafíos planteados a la Iglesia con particular intensidad, por el lugar que ocupa en el Pueblo de Dios. Ordenado sacramentalmente para servir, debe poner por obra todo su dinamismo libre; pero con la confianza arraigada en Aquel, a quien presencializa en medio de su Pueblo.

Los desafíos que encara el presbítero son para éste oportunidades de ejercer el encargo evangelizador con inteligencia, decisión y generosidad.

El traducir la misión pastoral como reto a la imaginación, al coraje y a la entrega servicial, constituye para el presbítero un estímulo a la

pronta y esforzada respuesta, que el mundo necesita y el pueblo a aquél confiado anhela en lo más íntimo.

Cuando el presbítero se siente así retado, no puede menos de recordar la presencia auxiliadora de la Madre, cuyo "fiat" fue la respuesta positiva al máximo reto que persona humana alguna haya podido registrar en el curso de la historia.

Coro: Pascua 1984